



TEMPLO DE ISIS EN LA ISLA DE PHILAE.

de mil pérfidas cabrillas nos azotan el rostro.

Ya estamos cerca de lo que fué isla santa. En determinados sitios, las palmeras marchitas, cuyos troncos están debajo del agua, nos muestran los mojadados penachos de sus cimeras. El aspecto es de inundación, casi de un cataclismo.

Antes de abordar al santuario de Isis tocamos en Philæ, ese templete que han reproducido las estampas de todas las épocas y cuya celebridad es tan grande como la de la Esfinge ó la de las Pirámides. Antaño se alzaba sobre un pedestal de altas rocas y las datileras mecían en torno suyo ramilletes de aéreas palmas. Hoy no tiene basamentos, sus columnas surgen aisladas de esta especie de lago colgante que parece haber sido construído en el agua para representar alguna regia naumaquia.

En él entramos con nuestra barca—extraño puerto, de pretérita suntuosidad,

de melancolía indescriptible, sobre todo á esta hora amarillenta del moribundo crepúsculo y bajo estas rachas heladas que sin tregua nos envían los cercanos desiertos. Pero ¡cuán adorable es el templete de Philae en ese desconcierto precursor de su completa ruina!... Sus columnas, que se ofrecen á nuestros ojos como si tuvieran por base lo inestable, resultan más esbeltas y fingen llevar á grandísima altura el follaje de piedra de sus capiteles: actualmente es verdadero palacete de ensueño, y os produce la impresión de que pronto desaparecerá en el seno de estas aguas que nunca bajarán...

He aquí que, durante unos cuantos segundos, vuelve á ser casi de día, y que en el cielo aparecen arboles cobrizos, de tono menos pálido. Sucede con frecuencia que, cuando creemos terminados los ocasos de estos soles de Egipto, si la noche no ha cerrado por completo, vienen las fugaces coloraciones del éter á